

# notas de arte

J. Ramírez de Lucas.

## EL MADRID DE FERNANDO DELAPUENTE

Si los diamantes y otras piedras preciosas son tan codiciados es por su escasez. La rareza, lo que no es habitual, siempre alcanzó alta cotización en la tabla de los valores positivos. El caso Delapiente viene a ser como una gema extraña en la vida actual materialista, pues él sacrificó lo que casi todos persiguen: una vida "asegurada" y sin "preocupaciones", en aras de un incierto porvenir.

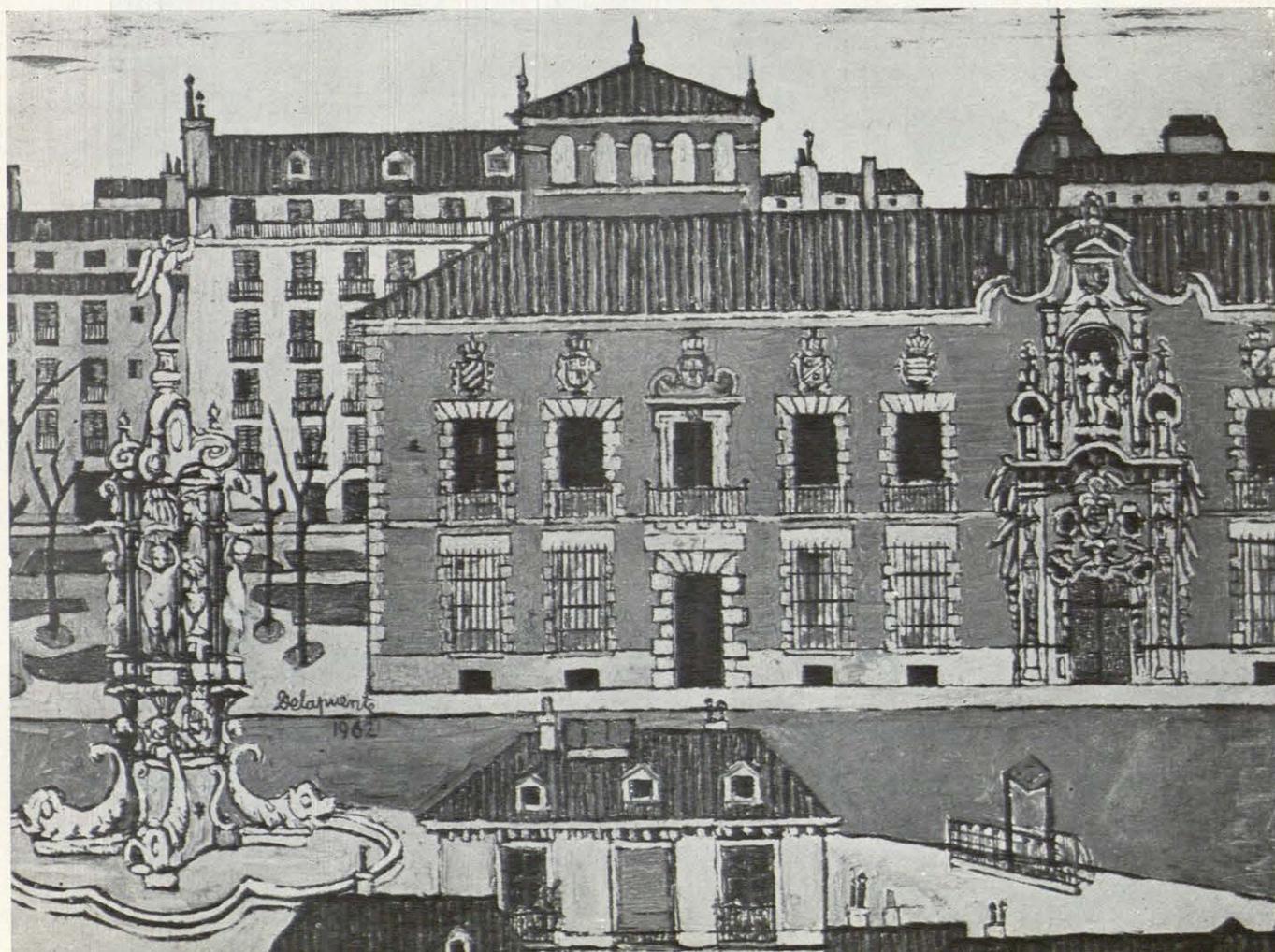
Bien es verdad que lo que importa de un artista en definitiva es su obra. Pero hay casos en que el conocimiento de la peripecia humana nos ayuda muchísimo a comprender el mérito total de lo realizado. Hay casos en que el creador tiene que luchar tan denodadamente, que en muchos aspectos lo convierte casi en héroe legendario; otros, por el contrario, parece como si ya estuviera todo trazado por una senda de facilidades y que el artista apenas tiene que alargar la mano para recoger los frutos que surgen a su paso.

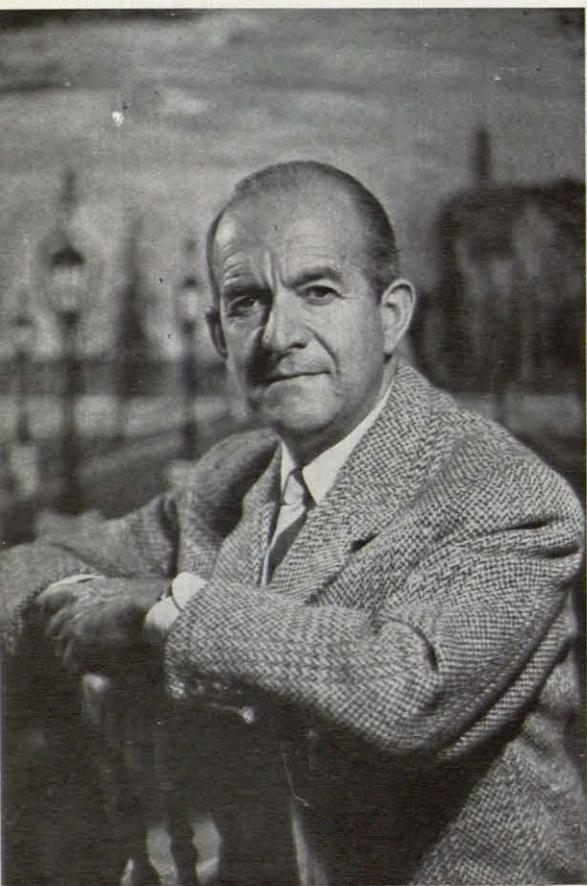
Fernando Delapiente es de la clase de los que han tenido que entregar para llegar al puesto que tiene. Nada menos que el sacrificio de una existencia muy codiciada en España: la de ingeniero industrial; trocándola por el riesgo y la inseguridad inherentes al artista, en este caso al pintor.

No conocemos otro similar. Fernando Delapiente es el único caso de cursar al mismo tiempo dos carreras al parecer tan antagónicas como son la de la Escuela de Ingenieros Industriales y la de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Existían en él dos fuertes impulsos, el de dar satisfacción a las exigencias paternas y el de su afincada vocación. Llevaba en la entraña la llamada del arte, tan tiránica y exclusivista. Lo otro era un deber de hijo obediente que puede cumplir con los más exigentes deberes, aunque su pensamiento esté en otro opuesto lugar.

Ingeniero industrial, y a conciencia. Fábricas azuca-

(Fotos Ventura.)

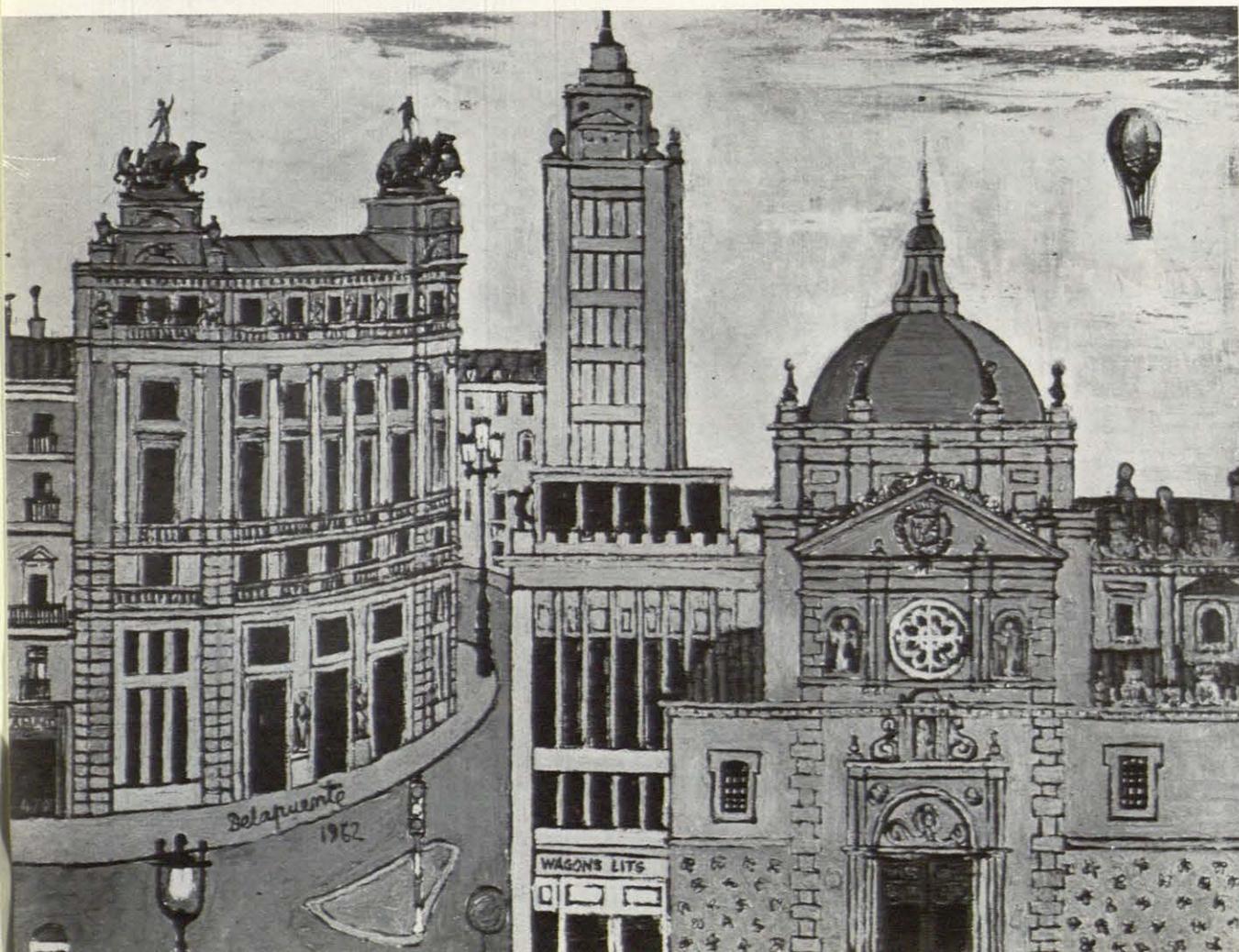




reras prósperas. Director. Una carrera que comienza en cargos de responsabilidad y provecho, una carrera brillante como suele decirse. La procesión iba por lo interno y el ingeniero abandona todo por la pintura, algo inexplicable para algunas mentes superficiales que cifran todo lo importante de la vida en tener resueltas con holgura las necesidades materiales y los caprichos ricos.

París, años de aprendizaje, no de las técnicas pictóricas, sino de esa otra asignatura más sutil que es la vida en su desnudez desvalida. Privaciones; pero pasadas con gusto, con la convicción de que son precisas para alcanzar algo en el mundo del arte, donde casi nunca se llega sin sufrimientos.

Mas la práctica de la pintura no le hace olvidar su vinculación con la Escuela de Ingenieros Industriales. Durante muchos años Delapiente será catedrático de Dibujo en dicha escuela madrileña, pudiendo así servir sin traicionar a las dos directrices que le marcó su destino.



Admirador de Zuloaga y Sorolla en un principio. Descubriendo la pintura moderna en las estancias de Roma y París. Deslumbrado por los llamados "fuaves", sobre todo por Van Gogh, Derain, Vlaminck, o sea por los platos fuertes de esta tendencia, de este movimiento "que no invoca sino al instinto, a una profunda convivencia con la vida cósmica, a las percepciones más inmediatas a nuestro apetito y a nuestro placer". Delapiente admira a los pintores citados, pero no a los del mismo grupo más blandos, como son Matisse y Dufy (productos en gran parte de la intensa propaganda francesa). Y Delapiente comienza a pintar sus paisajes marinos y fabriles, en los que las playas italianas o las instalaciones bilbaínas se nos muestran en una conmovedora desnudez. Colores elementales, en colisión. Ausencia casi absoluta de figuras humanas o animales.

Delapiente, que en un principio de su tarea pictórica hizo tantos retratos, se ha pasado años y años sin poder llevar a sus lienzos ni una sola referencia humana. El pinta por ciclos las playas, las llanuras, las ciudades, pero cuando siente que la serie está acabada ya es inútil insistir más, no saldrá ni un solo cuadro de ese tema.

Las cosas, las ciudades, las personas, éstas son, por orden jerárquico, las preferencias del pintor. Ahora se encuentra en el punto medio, en el de las ciudades cordiales que le dictan un mensaje colorista y entrañable

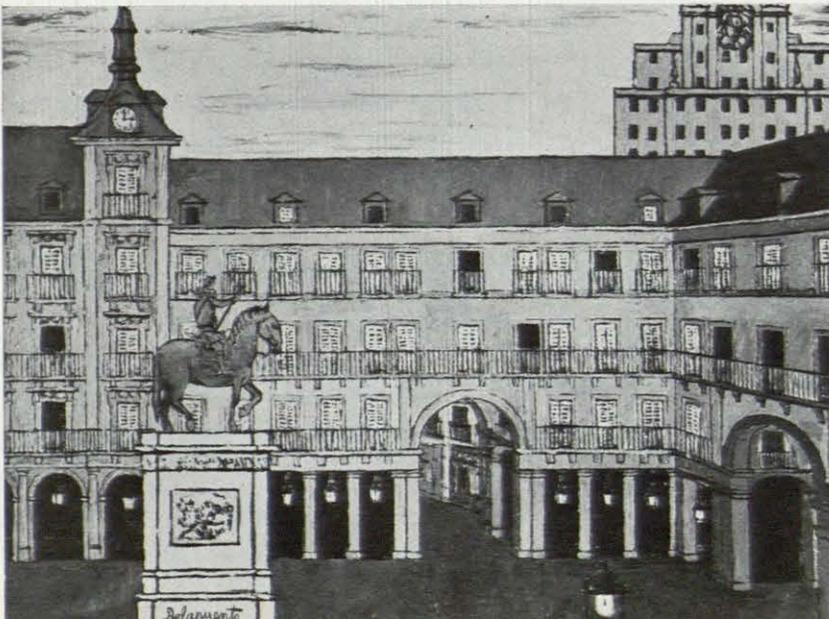
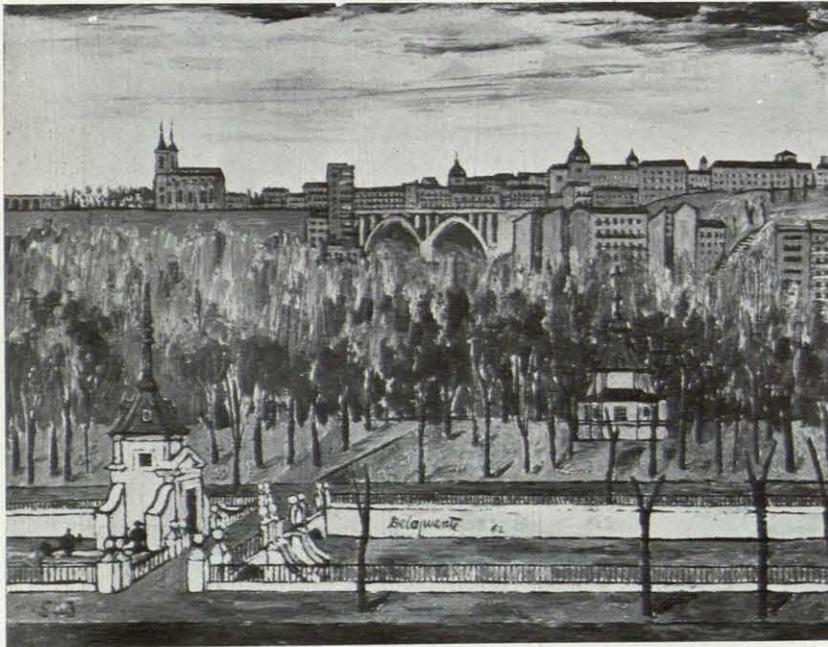
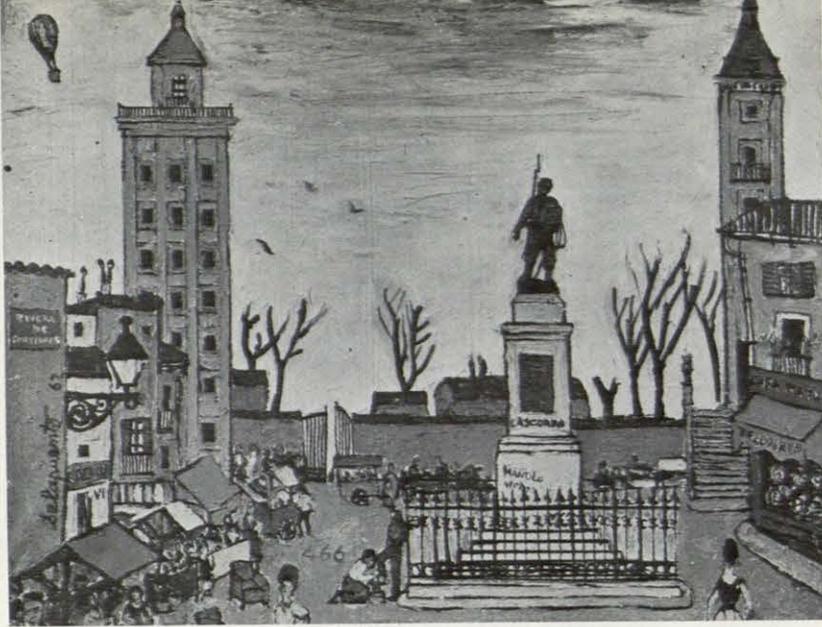
que él capta y refleja con su peculiar manera de entender la pintura. No cualquier ciudad, sino precisamente "una ciudad" que en el momento justo se revela ante la mirada atenta. No antes, ni después. Porque para Delapiente no sirven sus propios deseos, tiene que esperar a que se produzca la circunstancia propicia, ya que en caso contrario es inútil el intento.

Primero fué París el que quedó con sus perfiles y sus azules grises en los lienzos. Delapiente nos lo mostró en una exposición de hace cuatro años. Ahora ha sido Madrid, un Madrid imprevisto y delicioso que ha sido una revelación para todos, incluso para los que creían conocer mejor la ciudad.

Un artista cultivado e inteligente como es Fernando Delapiente no podía hacer un paisaje naturalista fiel reflejo de la realidad. El hace otra cosa. Con referencias exactas agrupa los edificios y los monumentos según su propia visión y la ciudad queda transmutada, como si un mago caprichoso se hubiera entretenido en variar de sitio lo habitual. En este aspecto no deja de ser un urbanista de la estética, pues en casi todas las visiones ciudadanas de este pintor lo que lamentamos es que en la realidad no se nos presente como él ha imaginado. Una visión dinámica del lugar con las agrupaciones arbitrarias fijadas con tonos puros sobre un dibujo previo muy marcado y que a veces deja transparentar lo negro.

Hay veces en que Delapiente coincide temáticamente





te con Gutiérrez Solana, visiones del Rastro, de las tiendas humildes de los barrios apartados, de la cerería, de la taberna sórdida. Pero la coincidencia no llega más allá del asunto, ya que la pintura de Solana es más atormentada, más cruel en muchas ocasiones. La pintura de Delapiente es de signo más vitalista, observadas las ciudades desde un consciente ángulo "naïf", como queriéndole quitar importancia a lo hecho. Ciertos globos en el cielo madrileño parecen como un homenaje consciente o no para aquel otro grandísimo pintor que se llamó de sobrenombre "le douanier" y de nombre Henri Rousseau.

Desde Goya, Madrid ha tenido bastantes pintores que han captado su personalidad múltiple, deteniéndose unas veces en lo anecdótico y otras en lo esencial. De todos estos exegetas madrileños ninguno tan arquitectónico como Fernando Delapiente; él no ha buscado sólo lo pintoresco del barrio antiguo, sino que se ha enfrentado con valentía con el panorama del centro de la ciudad, con lo que por estar más divulgado es difícil encontrarle un interés verdaderamente artístico. Su visión es grata, simpática, un poco zumbona y bromista; ¿se puede pedir más madrileñismo?

"Ni un solo momento me he arrepentido de aquella decisión. No sólo no estoy contento, sino que compadezco a los que sólo pueden servir a la técnica. La técnica cualquier humano puede aprenderla, pero el arte es el espíritu mismo. Cuando era ingeniero sólo era servidor de la técnica, ahora sigo al espíritu."

Estas son palabras de Fernando Delapiente, ellas mejor que ningún otro comentario, nos ilustran de la personalidad de un pintor vocacional, que no vaciló en dejar todo lo que tenía logrado en un aspecto importante de su vida por volar en el ilusionado horizonte del arte. De un pintor santanderino que aún no ha pintado Santander.